

Pautas para investigaciones de historia nacional dentro del contexto global*

Rafael Emilio Yunen Zouain**

Hace varios años, recibí una honrosa invitación de la Junta Directiva de esta ilustre Academia para integrarme como miembro correspondiente. Esta posición la ocupé hasta el año 2003 cuando, inesperadamente, me comunicaron la alta distinción de haber sido electo como miembro de número para ocupar el Sillón “V” por orden de vacante, y la posición vigésimo segunda, por fecha de ingreso.

Diferentes circunstancias habían impedido la presentación pública de este discurso para formalizar mi incorporación definitiva a la Academia. Precisamente por ello, quiero iniciar estas palabras agradeciendo a los amables colegas de la Junta Directiva que tuvieron la paciencia y comprensión de esperar hasta este momento. Hoy no sólo pretendo cumplir con un requisito, sino poner en práctica el compromiso que todos los académicos hemos hecho con *“estimular el estudio de la Historia Patria”*, tal y como se establece en el literal (e) del Artículo 2, correspondiente al primer capítulo de nuestro Reglamento Normativo.

* Discurso de ingreso como miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia, pronunciado en el salón de actos de la institución la noche del lunes 25 de julio de 2005.

** Miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia.



Primordialmente, quiero destacar la generosidad del reconocido historiador Dr. Roberto Cassá, un científico social extraordinario, pasado presidente de esta Academia y actual director del Archivo General de la Nación, quien me ha concedido un gran honor al aceptar el análisis de este discurso de ingreso que, a decir verdad, no llena los requisitos que merece un trabajo para ser ponderado por una persona de su estirpe y a quien he molestado sustrayéndole parte de su valioso tiempo para realizar esta tarea.

Con la venia de todos ellos me permito también agradecer a los amigos que han venido a acompañarme en esta ocasión que contiene una esencial significación en mi vida profesional. Especialmente, me siento muy agradecido y conmovido por la presencia de mi esposa y mis hijos, a quienes les dedico los siguientes planteamientos con el deseo de satisfacer parte de sus inquietudes ante los problemas y perspectivas de la República Dominicana en este siglo.

La situación actual de nuestra historiografía

Hace relativamente poco tiempo, Roberto Cassá publicó un breve y enjundioso artículo en la revista *Vértice*, en el que asumí una posición bastante crítica sobre la investigación histórica en la República Dominicana. Según Cassá, el panorama actual de nuestra historiografía no se entiende sólo con comprobar el viejo problema de la escasa producción de conocimientos nuevos, sino al constatar que en las últimas décadas aparentemente se han perdido aquellos problemas articuladores que motivaban el surgimiento de distintas publicaciones.

En efecto, los problemas unificadores de las concepciones de la historiografía estuvieron mejor definidos en los siglos anteriores cuando las temáticas principales de los estudios históricos eran: el



rescate de los valores hispánicos, la lucha por la libertad e igualdad, la exaltación del patriotismo, la fundamentación ideológica de algún régimen dictatorial y la justificación de la hostilidad hacia Haití, entre otras. A partir de 1960, nuevos problemas articuladores surgieron y crearon, junto a la historiografía tradicional que siguió vigente, los grandes temas de la historiografía crítica que prácticamente se centró en la determinación de la formación social dominicana y en la forma de auspiciar los cambios y transformaciones sociales.

No obstante, en los últimos años, la historiografía dominicana ha entrado en un colapso debido, según Cassá, a *“la inexistencia de problemas intelectuales que confieran sentido”* a lo que se debe producir en la actualidad. Por un lado, la relativización banal y el pragmatismo utilitarista propios de la filosofía neoliberal han erosionado la importancia de la historia y los jóvenes intelectuales de hoy no se sienten motivados a estudiarla. Por otro lado, las instituciones académicas han fijado sus prioridades de interés o de investigación en otras áreas, lo cual ha provocado una disminución del trabajo de los historiadores para producir conocimientos nuevos, o una reorientación de sus vocaciones para dedicarse a otras actividades. Definitivamente, concluye este autor, *“el valor relativo de la cultura ha experimentado un retroceso frente al de la riqueza y el poder”*.

Las únicas dos áreas que se han destacado en los últimos años han sido la producción de libros de texto y los estudios o narraciones que se enmarcan en el área de las historias locales. Sin embargo, el impacto de estos nuevos libros escolares no parece ser muy relevante en el aprendizaje y las publicaciones de historias locales están carentes de análisis científico y no superan el formato de crónicas aisladas del contexto social más amplio que las explica.

Por esta última razón, Cassá considera que lo local no puede convertirse en un problema articulador o en una nueva pauta



dominante de las investigaciones históricas. Como alternativa, propone la búsqueda de un nuevo “*sentido historiográfico (...) conectado con eventuales inquietudes culturales constructivas* (de los nuevos intelectuales) *para restablecer la función social de la historiografía e incentivar los intereses culturales de la juventud*”. Su planteamiento final es también una advertencia para llenar el vacío que actualmente existe tanto por la ausencia de sentido de la historiografía como por la poca capacidad de innovación. Este peligroso vacío puede provocar que otras temáticas del pasado (como la glorificación de la tiranía, por ejemplo) traten de reconvertirse en un elemento unificador de nuevas publicaciones históricas o pseudo-históricas.

El trinomio cultura-ambiente-desarrollo como temática de orientación general

Las atinadas reflexiones y orientaciones de Cassá nos obligan a replantear lo siguiente:

- ¿Cuáles problemas intelectuales pueden considerarse realmente relevantes, significativos y atractivos en la actualidad?
- En comparación con el peso de la estructura política y el peso de la estructura económica, ¿cuál es el peso real de la *estructura cultural/ideológica* y el *rol del territorio (hábitat)* en la conformación del espacio nacional?
- ¿Por qué *lo local* no puede convertirse en un problema articulador o en una nueva pauta dominante de las investigaciones históricas?

El abordaje de estas preguntas podría sugerir nuevas temáticas para responder a las inquietudes culturales de los jóvenes de hoy



con un nuevo instrumental metodológico de historia crítica orientado a *conectar lo pasado con la realidad actual*.

Nuestra primera observación es entonces de carácter epistemológico y se dirige a recordar la necesidad que tiene cada investigador de adaptarse a los cambios de paradigmas que han ocurrido en las Ciencias Sociales durante las últimas décadas y que en gran parte están basados en: la trans-disciplinariedad de temáticas, la integralidad de elementos en un todo que es superior a la suma de ellos, la cualificación que proviene de la observación participante, las propuestas que surgen de la investigación-acción-participativa, la construcción colectiva del patrimonio cultural, así como nuevas categorías explicativas que provienen de la Nueva Historia, la historia crítica, las “*historias alternativas*”, la “*arqueología social*”, el “*espacio socialmente construido*” y el “*medio ambiente físico y socialmente sustentable*”, sólo para mencionar algunas de ellas.

Cuando se observan tantas formas distintas de producir conocimientos históricos, surgen nuevas interrogantes sobre las diversas maneras de hacer historia: ¿Qué tipo de conocimientos y para qué o quiénes los estamos produciendo?; ¿Tienen esos conocimientos sobre el pasado alguna capacidad para guiar la comprensión del presente y ayudar a formular un planteamiento para el futuro?; ¿Hemos reformulado nuestro instrumental de trabajo para adaptarlo a las nuevas temáticas y trabajarlas de manera colectiva con la integración de diversas visiones y técnicas disciplinarias?; ¿Estamos realmente conscientes de que “*según sea la Historia que reconstituamos, será el devenir que nos espera*”, o es que, quizás inconscientemente estamos provocando una negación del futuro por haber hecho una mala interpretación del pasado? (Brito García).



En realidad, habría que decir que muchos científicos sociales reconocen los cambios epistemológicos que se han planteado, los comprenden, valoran sus implicaciones, pero no terminan de incorporar plenamente algunos de sus componentes metodológicos para producir un verdadero análisis crítico.

Es cierto que no hay una única orientación teórico-metodológica ni una sola temática para ser tratada, pero sí hay unos objetivos generales comunes que deben revelarnos los aspectos cuyo abordaje haría que los estudios históricos sean más relevantes en el presente. En ese sentido, Ayala recuerda que el análisis de los fenómenos históricos parte de la consideración de que los protagonistas de la Historia son los grupos sociales (llámense clases, etnias, sociedades, comunidades) y que dependiendo de cómo la estructura económico-social-cultural se va desarrollando de acuerdo a su pasado, a su territorio y a otros factores externos, se puede entender la construcción de un espacio ambientalmente condicionado e históricamente determinado.

Como dice Moren,

“(...) no hay posibilidades simplistas o reduccionistas de situarse frente a esta nueva realidad de las sociedades humanas contemporáneas (...) La única forma es abordarlas a partir de un razonamiento complejo que nos permita al mismo tiempo hablar de complementaridad, articulaciones y disociaciones”.

Por eso es que hoy en día, es más relevante, atractivo y significativo abordar temáticas generales (como “cultura”, “medio ambiente”, “desarrollo local”), que requieren múltiples visiones, conocimientos y técnicas para producir verdaderas alternativas sociales.

Para Vargas Arenas, *“las necesidades más perentorias de esta época son la identificación de los valores y de los recursos de la cultura y del ambiente que pueden fortalecer nuestra*



identidad social para motivar propuestas creativas frente a los desafíos del desarrollo futuro”.

Esta combinación temática, formada por el trinomio cultura-ambiente-desarrollo, está altamente vinculada con los estudios históricos. Solo bastaría recordar el axioma postulado por Brito García, “*la historia es el desenvolvimiento de la cultura en el tiempo*”, sin olvidar que, según Bansart, “*para entender la cultura también tenemos que abordarla de manera integrada con el medio ambiente y el desarrollo*”. Por lo tanto, se necesita urgentemente realizar nuevos estudios históricos para comprender adecuadamente los diversos contextos en que actualmente se desenvuelve este trinomio temático en cada lugar, región, país o mundo.

Estudios sobre la dimensión histórica del desarrollo local

Del planteamiento anterior se deduce que una temática contemporánea llena de significados relevantes sería la *interpretación crítica de lo local*, con perspectivas que superen lo meramente político, lo histórico, o lo económico. Posiblemente, no exista en estos tiempos de globalización algún otro tema mejor que el desarrollo local para abordar la forma de inserción en los procesos globales y la forma de defensa de las identidades. Según Arocena.

“Para que exista un proceso de desarrollo local se necesita una inserción en la lógica de la globalización, pero también se necesita, exactamente con la misma fuerza, un enraizamiento en la diferencia específica de cada comunidad humana (...) de lo contrario no es un proceso de desarrollo local”.

La comprensión de las potencialidades y limitaciones que han existido para el desarrollo local en diferentes períodos históricos, es pues una vía segura para comprender la instauración y consolidación



de las formas actuales de neocolonización de nuestras economías, culturas y habitats, así como las posibles respuestas que se pueden generar tanto para el orden local, como para el orden nacional y global.

La historia, al integrarse activamente en los estudios culturales, ambientales y de desarrollo local, podría recuperar su verdadero rol como guía de las otras ciencias participantes ya que su instrumental aportaría los elementos necesarios para la reflexión colectiva y para la acción social.

Con estos nuevos objetivos, los análisis críticos de historia dominicana se sentirían estimulados y también aparecerían nuevos temas de investigación, entre los que se priorizarían los estudios de historia ambiental y de historia cultural. Si no fortalecemos nuestras propias culturas y habitats locales, quedaremos conectados únicamente a un contexto global que poco a poco ha ido aumentando nuestros niveles de marginalización, de fragmentación y de aturdimiento o confusión hasta el punto en que “*dejamos de percibir la realidad local*” (Yunén).

Esto es lo que Cassá precisamente ha observado sobre el comportamiento de nuestros jóvenes a quienes, cada vez más, “*se les dificulta analizar la situación social (y hasta personal) que están realmente viviendo*”. Se necesita entonces llegar a los jóvenes por medio de temas atractivos y cercanos a su cotidianidad. El abordaje de problemáticas en diversas escalas relacionadas con cultura-ambiente-desarrollo está lleno de componentes, procesos y actividades de la vida diaria, así como también de valores, símbolos y manifestaciones que se reflejan y conectan con otros aspectos sociales pasados y presentes.

En vez de continuar haciendo programas de clases para satisfacer un saber histórico tradicional, se necesitan nuevos estudios de historia



crítica que permitan el surgimiento de textos y materiales didácticos para plantear a los jóvenes preguntas como: ¿con qué recursos contamos para sentar las bases de un desarrollo local que pueda valorar nuestra propia cultura y utilizar perdurablemente nuestro medio ambiente para así participar de manera activa y no pasiva en el movimiento global?

Si queremos que los jóvenes aborden los desafíos de nuestros tiempos, se necesita de nuevos enfoques en la historia y en todas las Ciencias Sociales para que ellos *aprendan a escoger* aquellos ideales que les den sentido a sus acciones y a sus proyectos; para que ellos *puedan reaccionar* crítica y creativamente ante su realidad local dentro del contexto global; y finalmente, para que ellos *sepan producir* propuestas transformadoras. (Yunén).

Estudios sobre la evolución del patrimonio natural y del patrimonio cultural

Pero no solamente la educación de los jóvenes resultaría beneficiada de estas nuevas orientaciones. Hay otras áreas del actual panorama nacional como el turismo, los intercambios culturales y la exploración de nuevos mercados en el exterior (sólo para mencionar unas cuantas) que también resultarían fortalecidas con la producción de contenidos históricos adaptables a sus proyecciones y estrategias de trabajo.

En efecto, cada vez más necesitamos darnos a conocer internacionalmente como un país que sobrevive sustentado por las más asombrosas zonas de biodiversidad del mundo, con fascinantes y distintas formas de expresar su creatividad, generando así sus propias maneras de identificarse social y culturalmente. Por estas razones, no podemos seguir ajenos totalmente a la suerte del patrimonio natural y cultural de nuestras propias comunidades.



Necesitamos fortalecer la rica diversidad cultural y ambiental propia de nuestros pueblos, a partir del estudio y difusión de nuestras creencias, costumbres y conocimientos locales, así como de los recursos naturales, paisajes y zonas de vida.

Los análisis críticos de historia del arte, de la cultura y del ambiente dominicanos pueden crear las bases, no sólo para una correcta administración y manejo del patrimonio natural, histórico y artístico, sino también para abordar las formas en que las distintas regiones y sectores de la población han establecido, y todavía hoy expresan, sus valores y relaciones con respecto a la cultura y al ambiente en que viven, así como el desarrollo al que aspiran.

En el campo específico de la cultura, los estudios históricos críticos son altamente necesarios para apoyar estas nuevas visiones que conllevan programas y cursos sobre la evolución de las distintas manifestaciones culturales y sobre todo en el campo de las artes en general.

Todos los materiales que se tengan que producir para escuelas, centros comunitarios, programas multiculturales, museos, galerías de arte, instituciones de formación artística y centros de estudios, necesitan de los insumos básicos de la historia para poder incrementar la accesibilidad y valoración de la rica experiencia, creatividad y diversidad del espacio cultural dominicano y de su diáspora, logrando así disminuir la exclusión social y cultural de algunos sectores sociales, al tiempo de promover un mejor posicionamiento del país en el exterior con la proyección de nuestra increíble pluralidad sociocultural.

En síntesis, se necesita la valoración, la reflexión, el estudio, la difusión y el accionar de todos los procesos y actores sociales que han contribuido y siguen contribuyendo con la construcción colectiva de la nación dominicana y de sus patrimonios. Así, este posible



objetivo articulador de los estudios históricos se podría definir como la comprensión de la evolución del patrimonio natural y cultural de nuestro país ya que, actualmente, ambos patrimonios son la llave para identificarnos ante el mundo y también para atraer actividades que aumenten considerablemente nuestra fuente de ingresos.

De lo que se trataría entonces es de *analizar lo que ha pasado* con la riqueza y la potencialidad de nuestra diversidad biológica y cultural, para *fortalecer lo que hoy se consideran* como nuestros signos de identidad y de riqueza ecológica dominicana y para *evitar lo que actualmente sigue ocurriendo* principalmente con aquellos recursos naturales que están siendo degradados, y con los conocimientos, artes y oficios locales que van desapareciendo.

Las oficinas gubernamentales dedicadas a las relaciones internacionales, los hoteles y otras instancias vinculadas con el turismo, los estamentos públicos y privados que diariamente trabajan con el patrimonio natural y cultural, necesitan urgentemente de la producción de contenidos históricos de alta calidad y fácil comprensión para su divulgación masiva. De la misma manera, todos los materiales que se están produciendo y reproduciendo en esas y otras instancias necesitan revisarse porque muchos contienen inexactitudes, omisiones, tergiversaciones históricas y hasta adaptaciones de textos foráneos en perjuicio de la imagen nacional.

Estudios para apoyar una identidad social positiva y un nuevo nacionalismo

La interpretación crítica de la temática cultura-ambiente-desarrollo también conlleva el replanteamiento de uno de los elementos articuladores de la historiografía posterior a los años sesenta: la necesidad de formar una *conciencia histórica nacional* como requisito de nuestra ciudadanización.



Esta corriente ahora pudiera postular que la formación de sujetos democráticos y comprometidos con transformaciones sociales (es decir, formar verdaderos *ciudadanos* del orden local dentro del contexto global), sólo se logrará cuando los mismos *aprendan a pensar histórica y geográficamente* para enfrentar la realidad y superar las tendencias pesimistas y autoritarias que todavía caracterizan la situación actual frente al avance del orden global. (Záiter).

De nuevo, le tocaría al sistema educativo, a los medios de comunicación y a los agentes propulsores de la participación y movilización social, orientar la construcción y reproducción de valoraciones de lo dominicano para asumir dicha “*conciencia histórica*”. Estas acciones, sin embargo, solo tendrían efecto real y duradero si la historiografía retoma también esta temática para afianzar las características propias del proceso histórico dominicano y del proyecto de nación que se quiere resaltar.

Vargas Arenas ha desarrollado una propuesta para rehacer la historia de nuestros pueblos. Entre los temas principales de esta propuesta se encuentra la *identidad social positiva*, cuyo tratamiento se basa en las ideas de autores como Lanneau, para quien “*la identidad social es una producción ideológica afincada en la historia; coexiste con la identidad personal y supone una conciencia social*”. Montero, por su parte, considera que:

“La identidad social es el mecanismo que refuerza la solidaridad (...) galvaniza la energía y unifica la acción colectiva... es el proceso dinámico que se nutre de las percepciones y experiencias que ocurren en un contexto social, en circunstancias que configuran una historia común, compartida por el grupo”.

El *nuevo nacionalismo emergente* también puede ser otro elemento estructurador de la historiografía crítica dentro del contexto



globalizador en que nos encontramos. Según Vargas Arenas, este concepto emergente de nacionalismo implica la posibilidad de crear espacios colectivos internacionales mediante: (a) diversos niveles de participación e integración regional, nacional y continental; y (b) el reconocimiento de valores y símbolos comunes de orden histórico-cultural, así como de intereses estratégicos comunes de orden económico, político, social y ambiental.

Para ambos temas se necesita estimular y orientar la conciencia reflexiva de la población de manera que los ciudadanos puedan manifestarse sobre cuestiones ambientales, culturales y sociales en general. Una forma efectiva de estimular dicha conciencia reflexiva sería a través de una nueva explicación histórica nacional y regional que legitime la identidad positiva en el orden social, étnico y cultural, mediante la valoración de los recursos culturales y ambientales de parte de “*estructuras colectivas y solidarias*” que equilibren las tendencias homogenizantes, individualizantes y atomizantes de la globalización. De esta manera se auspiciaría la formación de individuos sensibles a la solidaridad social.

Esta explicación histórica tendría que redefinir el proceso de formación de las sociedades aborígenes, la naturaleza del Estado colonial, la dinámica del Estado nacional “*republicano*” y la emergente propuesta de un nuevo nacionalismo que apoye un Estado nacional “*solidario*” capaz de integrarse con otros Estados sin perder su identidad. La nueva historia debiera propiciar el conocimiento del papel que han jugado los distintos grupos sociales regionales en la estructuración de la nación como un todo diverso y al mismo tiempo integrado. De manera especial, las investigaciones históricas debieran:

- (a) Permitir el conocimiento de las historias de lo cotidiano, fundamentalmente la historia de la vida de la gente común,



para la cual el conocimiento histórico debe producir descripciones y explicaciones del orden social visto “*desde abajo*”.

- (b) Producir historias regionales y locales que sean algo más que instrumentales: deben implicar el reconocimiento de símbolos que tengan el poder de crear lealtades y sentimientos de pertenencia.
- (c) Presentar los logros de la masa trabajadora y mostrar sus aspectos creativos dentro de la supervivencia. No se puede presentar lo popular solamente como lo ignorante, lleno de supersticiones y hasta vulgaridades. Habría que buscar la vinculación de lo popular con las raíces, con la historia de la cotidianidad donde se experimentan los azares, avatares y accidentes de la vida que no se pueden prescribir o eliminar mediante la previsión.

En resumen, se debe tratar de presentar una explicación de cómo se formaron y se desarrollaron las *regiones geohistóricas* para así entender: el origen de la diversidad sociocultural de la nación, la posibilidad de establecer una conciencia de participación colectiva y la propuesta de concebir la nación como el producto de la unión de lo múltiple en uno.

Todo lo anterior permite identificar, de manera preliminar, los siguientes “temas transversales” que pueden tratarse en los estudios históricos:

- Fortalecer la identificación social de nuestro pueblo con los productos del mestizaje de culturas que resultan en un nuevo elemento que ni es blanco (europeo), ni es indio (mesoamericano), ni es negro (africano), sino “caribeño”.
- Presentar contextos que favorezcan una identificación social positiva de la ciudadanía hacia su historia y hacia su

país, por medio de la autoafirmación y el reconocimiento de los valores propios, revitalizando así la autoestima de los ciudadanos, su capacidad de sobrevivencia, sus sentimientos de solidaridad colectiva y su participación democrática en programas orientados hacia la consolidación cultural, ambiental y social de la nación.

- Formular un “nuevo nacionalismo” que permita postular la satisfacción de las necesidades materiales, ideológicas y culturales de la población, de los valores sociales que legitimen el pasado, el presente y el futuro del Nuevo Estado Nacional que se quiere proponer.

Para apoyar un nuevo nacionalismo

La historia del Caribe demuestra que en cada isla el proceso de formación de un Estado precedió al proceso de formación de una nación. Un Estado es un órgano administrativo y de control a nivel territorial, mientras que una nación supone cierto grado de consenso político, de cohesión social y cultural entre los habitantes de un Estado. La formación de una nación implica que todos sus habitantes se sientan como si fueran verdaderos ciudadanos, con derechos y acceso garantizados tanto a su nación como a su Estado.

Para darle forma a un proyecto de Estado-nación se necesita crear una o varias *estrategias de etnicidad* que asumen ciertos elementos como propios y distintivos de un conglomerado humano y los difunden en un discurso sobre la nación que se quiere forjar. En cada isla caribeña se fue creando un “discurso nacionalista” para justificar su propio aparato estatal, su manera particular de concebir la ciudadanía y su propia forma de expresar su identidad. Sin embargo, no necesariamente se puede decir que cada uno de esos nuevos Estados que se iban definiendo se correspondía con una verdadera nación.



En cada isla se verificó la construcción de un discurso de su etnicidad de parte de los grupos dirigentes con la intención de cohesionar y centralizar el control económico y la gestión sociopolítica para beneficiar sus intereses, excluyendo a otros sectores sociales. De esa manera, en cada isla se formó un “imaginario nacional o territorial” que destacó aquellos aspectos culturales y ambientales que luego servirían para justificar, consolidar y perpetuar las formas de organización social que han causado las grandes desigualdades entre grupos poblacionales que hoy predominan en casi todos los países de la región.

Los Estados caribeños surgieron sin naciones consolidadas, pero cada uno de ellos creó un “discurso nacionalista” caracterizado por: la valoración de ciertas características de su origen étnico; la noción de “ciudadanía” que excluía de derechos a una gran parte de la población; el concepto ficticio de “unidad nacional” y la formación de una “identidad cultural” para diferenciarse de otros pueblos, pero no basada en la pluralidad ni en la integración de todas las manifestaciones culturales de los distintos grupos sociales.

Este proceso no ocurrió de manera simultánea ni similar en todas las islas. Hubo territorios (como Haití y República Dominicana) que se independizaron primero que otros y que formaron sus Estados, sus ciudadanía y sus identidades mucho antes que los demás. En otras islas del Caribe hispano (Cuba y Puerto Rico), los grupos dirigentes locales temieron la pérdida de sus privilegios si se definían como Estados independientes y por eso retrasaron integrarse a las luchas nacionalistas.

Finalmente, las islas pequeñas (Jamaica, Trinidad, entre otras) reaccionaron aún más tardíamente como consecuencia del contexto neocolonial vigente, del pequeño tamaño del territorio, de las grandes diferencias étnicas internas y de los flujos migratorios de ese entonces que aumentaban la dependencia de la metrópolis.



Como una estrategia alternativa de etnicidad, en varios países del Caribe se ha utilizado cada vez con más fuerza el concepto de mestizaje cultural aplicado a la “criollización” (ya sea como “mulatismo”, “creolité”, o “antillanité”) para resaltar que “lo caribeño” significa la creación de algo nuevo, algo propio, algo que aunque tenga raíces fuera de la región, no tiene por qué estar sujeto a los orígenes individuales de cada una de sus raíces.

Basándose en estas ideas del mestizaje, actualmente se está retomando cada vez con más fuerza una perspectiva multiculturalista dentro de los estudios sociales, para facilitar la definición de una prospectiva nacional que se ajuste al nuevo contexto mundial del siglo XXI. Anglade es uno de los precursores de esta visión ya que, desde principios de los años noventa, consideraba al nivel cultural como “una totalidad material, simbólica y espiritual que nos da poder de negociación en el mundo global”. Torres-Saillant coincide con este planteamiento cuando señala que necesitamos

“reconocer todas las diferencias, la diversidad de género, sexo, social, cultural y étnica para integrarlas todas en la nación con el fin de negociar en la sociedad global”.

Estas ideas que “buscan la participación plural en las nuevas estrategias de etnicidad y en la definición de las identidades culturales dentro de los nuevos proyectos nacionales”, han sido reforzadas por el documento de UNESCO titulado *Nuestra Diversidad Creativa*. Esta interesante publicación destaca varios puntos que, de alguna manera, se relacionan con las nuevas perspectivas para la (s) emergente (s) identidad (es) cultural (es) caribeñas que rechazan las exclusiones sociales y los desalojos culturales, buscando nuevas formas de convivencia democrática:

1. Ninguna cultura está cerrada sino influenciada por otras culturas y viceversa.



2. Ninguna cultura es inmutable ni estática, sino que más bien vive impulsada por fuerzas internas y externas.
3. Ninguna cultura es rígida, sino elástica.
4. Ninguna cultura es monolítica, sino porosa.
5. Todas las culturas suscitan cambios y ellas mismas también cambian.
6. Las culturas intolerantes, excluyentes, explotadoras, crueles y represivas no son merecedoras de respeto y deben ser condenadas.
7. Hay que celebrar las diferencias culturales, intentar aprender de ellas y no considerarlas extrañas, inaceptables u odiosas.
8. La diversidad y pluralidad de las culturas implican beneficios comparables a los de la diversidad biológica.
9. Hay que celebrar la diversidad, pero conservando normas absolutas para poder juzgar lo que es justo, bueno y verdadero.
10. Los modelos de desarrollo deben prestar atención a las complejidades étnicas y culturales, así como su relación con las clases sociales y las ocupaciones dentro de otras categorías funcionales.

En esta misma línea, hay que destacar también los recientes esfuerzos desplegados por intelectuales, profesores, artistas y animadores culturales de la diáspora dominicana, quienes, en coordinación con algunos colegas que viven en el país, están planteando una extensa discusión sobre la posibilidad de construir “*una nacionalidad sin desalojos*” que ha sido publicada en el libro *Desde la Orilla*.



Demandas parecidas sobre el reconocimiento de nuestra diversidad cultural, étnica y social han surgido en otras islas caribeñas porque todas las diásporas han resaltado las exclusiones que se dan en el discurso nacionalista de sus respectivos países. También han sido las diásporas caribeñas las más proclives a destacar la diversidad cultural, social y racial de sus respectivas naciones. La marginalidad que sufrieron en su país, la historia de su desarraigo y la lucha por sobrevivir en el exterior han determinado que las diásporas caribeñas tengan una gran influencia en la “nueva definición del imaginario nacional” de sus respectivos países.

Para el caso dominicano, encontramos algunos capítulos en *Desde la Orilla* que tratan de *reformular el concepto de la dominicanidad* (es decir, “la *manera de ser colectiva de los dominicanos*”) para superar la vieja concepción de la identidad cultural dominicana. La construcción de una *dominicanidad* más inclusiva y democrática es un nuevo proyecto sociocultural sobre identidad nacional y cultural que va unido a un proyecto de nación que busca la disminución de la desigualdad social, el distanciamiento y la exclusión interna, de manera que todos podamos gozar de aceptación, respeto y reconocimiento social y político. Por otro lado, este proyecto persigue una mejor representación de la etnia dominicana frente a otras culturas, Estados, naciones y comunidades, aumentando así la autoestima, el reconocimiento a la diversidad y la capacidad de convivencia de nuestros emigrantes en otras partes del mundo.

Esta manera de definir la nueva dominicanidad supera el alcance de la vieja concepción de la identidad cultural dominicana. Antes, se reconocía que alguien tenía identidad dominicana cuando esa persona podía “cumplir con ciertos ritos simbólicos” como saberse



el himno, bailar merengue o comer sancocho. Pero ahora la nueva definición de etnicidad conlleva que, para que una persona pueda ser reconocida como dominicana, debe “reproducir conductas a favor de *la dignidad de la etnia dominicana*”, además del cumplimiento de los denominados ritos simbólicos.

Y, precisamente por todo eso, Stevens-Acevedo considera que

“La etnicidad sólo parece definible y construible por medio de un consenso colectivo negociado de modo que logremos vivir una cultura nacional lo más democratizada posible y sin imposiciones. Nuestra etnicidad debería ser una construcción cultural más que una construcción moral... una construcción bien flexible para que pueda admitir la mayor diversidad de formas posibles definiendo la manera cómo vamos a enfrentar las conductas agresivas, manipuladoras, explotadoras de algunos dominicanos contra o sobre otros dominicanos”.

En el caso específico dominicano, existen también propuestas específicas que auspician el surgimiento de nuevas formas y estrategias culturales para “*reinventar y redirigir el discurso oficial dominicano sobre la identidad cultural y nacional*” (Torres-Saillant), y también para “*pensar y construir una nueva idea de la nación dominicana en la que se dé cabida a todos los grupos y sectores de la población*” (Espinosa Miñoso).

El caso de la diáspora dominicana concentrada en los Estados Unidos es un ejemplo de cómo esta comunidad transnacional ha ido adquiriendo un gran potencial para ejercer poderes y definir políticas con respecto a su país de origen. La estrategia para construir una nueva forma de *dominicanidad democrática* no es más que uno de los primeros proyectos que la diáspora dominicana está proponiendo.

Para apoyar planteamientos sobre “identidad social positiva”

Todos los colectivos sociales van generando un proceso particular de formación de su identidad o identidades en el plano cultural. Cada familia, asentamiento humano, zona, país o región continental van creando una serie de elementos que los identifican y los diferencian de los demás. Según Huezo Mixco, se establecen

“los lazos de identidad cuando una comunidad renueva en la vivencia cotidiana intereses que le son comunes, encontrando en su contexto social expresiones de solidaridad que la refuerzan humanamente, e identifica en su devenir histórico (a través de la educación o de la tradición) símbolos que fortalecen su sentido de pertenencia”.

Hay que reconocer que estos procesos evolucionan alrededor de algunos elementos básicos que se van manifestando de diversas maneras a través del tiempo. Pero, ¿cómo se han ido conformando las culturas nacionales con sus correspondientes identidades?; ¿quién o quiénes han sido los encargados de explicar, de legitimar, de mantener o de imponer la identidad cultural de una nación o de un colectivo social?

En el caso de la República Dominicana se ha desarrollado una estrategia étnica nacional dirigiendo la atención en contra de Haití y de sus valores culturales. Para Baud *et al*, los prejuicios raciales en República Dominicana no se enfocan en la situación interna sino casi exclusivamente en el “*peligro extranjero*”, llegando a considerar al antihaitianismo como una parte integral de la cultura dominicana. De igual manera, las instituciones tradicionales han reforzado su estrategia de etnicidad con el mismo viejo discurso excluyente que insiste en definir a cada identidad cultural como monolítica, homogénea y anclada en un pasado que sólo reconoce a los mismos grupos dominantes de la actualidad.



No obstante, recientemente hay muchas evidencias de rupturas y fraccionamientos en el viejo discurso (aún vigente) que habla de una identidad única, original, inmutable, aséptica y excluyente para no contaminarse de otras culturas, y sobre todo temerosa de los vecinos haitianos.

Efectivamente, en estos tiempos de globalización se está observando una pérdida de poder y de capacidad de legitimización de parte de los estamentos que antes dirigían el imaginario colectivo nacional. La otrora gran influencia ejercida por instituciones como el Estado (de corte represivo-militar), la familia, la iglesia y la escuela se ha visto torpedeada por la saturación de informaciones y desinformaciones ofrecidas por medios mundiales de comunicación; por la proliferación en el mercado de artículos transnacionales de consumo rápido; y por el fenómeno de las migraciones con la subsecuente creación de comunidades transnacionales (Yunén).

Como ya se dijo, estas ideas a favor de nuevas formas de conciencia étnica y de nuevas estrategias de etnicidad para reorientar el proceso de formación de las identidades culturales en el Caribe y contribuir así a otras transformaciones sociales, han surgido principalmente entre intelectuales y artistas que han tenido que vivir en ambientes influenciados por los flujos migratorios que caracterizan a todos los pueblos caribeños. Las nuevas estrategias de etnicidad en el Caribe están emergiendo *desde* la diáspora porque las migraciones contemporáneas han causado: (a) una proyección post-nacional; (b) una expresión de las comunidades transnacionales; y (c) que la noción misma de identidad se vea más dinámica y relacional (Mosquera).

La nueva perspectiva prefiere hablar del proceso de formación de identidades que se verifica en un lugar, región o país. Reconoce



que este proceso tiene raíces en el pasado y que ellas van trascendiendo hasta el presente, pero también afirma que, a través del tiempo, ese proceso sigue en constante transformación recibiendo el impacto de diferentes ambientes sociales y territoriales.

Por estas razones, en los nuevos contextos regionales y mundiales que últimamente se están formando, cada entidad o cada esfera de la cultura deberá tener conciencia de su propia identidad, tendrá que entender qué la distingue de las otras y así aceptar que su diferencia no es un impedimento, sino que contribuye a la variedad del mundo (Huezo Mixco).

Pero, “*y ahora: ¿quién nos va a contar el cuento de la identidad?*”, se pregunta García Canclini. Hay quienes creen que este es el momento de impulsar un nuevo proceso de construcción de lo nacional en cada uno de nuestros países. Según Hugo Achécar, ya es posible deconstruir el discurso oficial de la etnicidad que apoya el viejo proyecto de creación de un imaginario nacional. Siguiendo a este autor, hoy en día los dueños de la memoria, los dueños de la palabra y los dueños de la nación ya no son los mismos de antes. Actualmente, tanto la memoria, como la palabra y la nación tienen muchos y diversos dueños, incluyendo entre ellos a representantes de distintos sectores sociales y culturales.

Y por eso es que hoy es sumamente urgente apoyar el estudio de los procesos de creación y recreación permanente de nuestras identidades culturales, o en otras palabras, los momentos históricos y las coyunturas sociales que han posibilitado la creación y recreación de la identidad nacional de manera dinámica y plural.



Conclusiones

Hemos dedicado especial atención a este último punto porque se advierte cierta resistencia entre los intelectuales dominicanos para abordar el tema de la formulación de un nuevo nacionalismo. Sin embargo, la paradójica reacción que ha traído la globalización en nuestros países (apertura excesiva al exterior vs. defensa de lo interior) vuelve a replantear los problemas vinculados con lo nacional.

Así, nuevamente están tomando vigencia los temas relacionados con “el déficit histórico” que existe en nuestra formación social; la “recuperación histórica del país”; y la ya mencionada necesidad de la “conciencia histórica”, entre otros. Las demandas por el tratamiento de estos temas provienen de todas partes. No obstante, hasta hace poco parecía como si estos temas ya hubieran sido tratados exhaustivamente por la historiografía dominicana. La realidad actual contradice esa suposición y sólo queda la alternativa de retomar esta temática para profundizarla a la luz del contexto actual, o revisar los formatos, el medio, los instrumentos que utilizaron los historiadores para explicar sus concepciones sobre estos temas que tienen el calificativo de *histórico* y que ahora se demandan a diario en todo tipo de declaraciones públicas como si nunca se hubiera publicado algo nuevo sobre ellos.

Muchos sectores se encuentran alarmados por la erosión que ha sufrido el antiguo discurso creador del imaginario nacional, mientras otros están preocupados por la ausencia de un nuevo discurso nacional verdaderamente transformador. Esta es una coyuntura ideal para que los historiadores propongan los nuevos argumentos críticos en que se basará el edificio discursivo de la nación dominicana, el cual, dicho sea de paso, se necesita construir no sólo con la participación de los historiadores, sino con representantes de todos los sectores sociales.



Ha llegado el momento para dar una fuerte estocada a la todavía vigente concepción nacionalista decimonónica que con tanto afán la nutrieron los intelectuales menos críticos que tuvimos que soportar por casi dos siglos. La historiografía actual debe motivarse a producir conocimientos nuevos que desbaraten los mitos de esa “*etnicidad ficticia*” que todavía se quiere resucitar.

Querámoslo aceptar o no: actualmente existe la gran necesidad de que algún grupo de historiadores se dedique a trabajar las bases históricas reales de un nuevo discurso de nación. Como dice Brito García:

“La Historia no es sólo un objeto de estudio: es también un factor dinámico de configuración de los fenómenos sociales. No es lápida, sino herramienta; no es sepultura, sino surco (...). La Historia es el centro de ese proyecto cultural que llamamos nación. Un pueblo sin Historia (...) no sabe organizar, conservar, ni transmitir estructuras ni patrones de conducta. Por ello, quien desea eliminar a un pueblo de la Historia, empieza eliminando la Historia de ese pueblo (...)”.

Reactivemos pues nuestra Historia, usémosla adecuadamente y pongámosla en el lugar en que ella urgentemente se necesita. No renunciemos a conseguir “*una historia que tenga algún papel que jugar en la transformación de la sociedad y en la creación de valores ciudadanos y patrióticos*” (Guerra).

Fuentes Consultadas

Achécar, Hugo. Citado en “República Dominicana: identidad, cultura y nación”, en la sección *Areíto* del periódico *Hoy*. Santo domingo, 21 de agosto de 2004.

Anglade, Georges. *Cartes sur la table*. Montreal, 1993.



Arocena, José. “Desarrollo local y globalización”, ponencia presentada en el *Seminario sobre descentralización y desarrollo local*. Montevideo. Octubre de 1997. Versión no publicada.

Ayala, Enrique. *Historia, compromiso y política*. Quito, Editorial Planeta, 1992.

Bansart, Andrés. *Cultura, ambiente y desarrollo*. Caracas, Editora de la Universidad Simón Bolívar. 1992.

Baud, Michiel, et al. *Etnicidad como estrategia en América Latina y el Caribe*. Quito, Ediciones Abya-Yala, 1996.

Blanco, Delia. *Signos de identidad en la plástica contemporánea del Caribe francófono*. Conferencia pronunciada en el Centro León. Santiago, 5 de octubre de 2004. (Disponible en DVD).

Brito García, Luis. Prólogo a *La historia como futuro*, de Iraida Vargas Arenas. Caracas, Fondo Editorial Tropykos. 1999.

Cassá, Roberto. “La desarticulación de la historiografía marxista”. *Vértice*, Santo Domingo, Revista de la FLACSO-RD. junio-julio 2002, pp. 8-9.

Espinosa Miñoso, Yuderkys. “Homogeneidad, proyecto de nación y homofobia”, en Torres-Saillant, Silvio, *Desde la Orilla: hacia una nacionalidad sin desalojos*. Santo Domingo, Editora Manatí y Ediciones Librería La Trinitaria. 2004.

García Canclini, Néstor. “Globalizarnos o defender la identidad”, en *Nueva Sociedad*, No. 63.

Guerra, Sergio. “Las grandes corrientes de la historiografía latinoamericana”, en *Temas*. No. 30, La Habana, julio-septiembre de 2002.



Huezo Mixco, Miguel. "El Salvador y la construcción de la identidad cultural", *Colección Encuentros*, No.34. Centro Cultural del BID. Octubre de 1999.

Montero, M. "Latin America Social Identity". En: *Multiculturalism and the state*. Vol.1: 62-68. Londres, University of London. Institute of Commonwealth Studies.

Mosquera, Gerardo. "Esferas, ciudades, transiciones. Perspectivas internacionales del arte y la cultura", en *Art Nexus*, No. 100, 2004.

Rodríguez, Néstor E. *La isla y su envés: representaciones de lo nacional en el ensayo dominicano contemporáneo*. San Juan, Puerto Rico, Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, 2003.

Stevens-Acevedo, Anthony R. "La dominicanidad itinerante", en Torres-Saillant, Silvio, *Desde la Orilla: hacia una nacionalidad sin desalojos*. Santo Domingo, Editora Manatí Torres-Saillant, Silvio, y Ediciones Librería La Trinitaria, 2004.

Torres-Saillant, Silvio. "No es lo mismo ni se escribe igual: la diversidad en lo dominicano", en Torres-Saillant, Silvio, *Desde la Orilla: hacia una nacionalidad sin desalojos*. Santo Domingo, Editora Manatí y Ediciones Librería La Trinitaria, 2004.

Unesco. *Nuestra diversidad creativa*. París, 1996.

Vargas Arenas, Iraida. "Las historias regionales y locales en el contexto neoliberal". Trabajo presentado en el Encuentro sobre el nuevo milenio y la arqueología venezolana. Caracas, Octubre de 1999. Versión no publicada.

Vargas Arenas, Iraida. *La historia como futuro*. Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 1999.



Yunén Zouain, Rafael Emilio. “*La importancia de las historias locales para el desarrollo comunitario*”. Conferencia presentada en la Academia Dominicana de la Historia en mayo de 2003, que se publicará en la revista *Clío*.

Yunén Zouain, Rafael Emilio. *¿Es posible proponer un nuevo proyecto de nación?*. Discurso de orden presentado en la Sexagésima Novena Ceremonia de Graduación de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra. Santiago, el 24 de enero de 2004. PUCMM-Colección Documentos, 2004).

Yunén Zouain, Rafael Emilio. “*Estrategias de etnicidad y formación de identidades culturales en el Caribe*”. Conferencia pronunciada en la PUCMM. Noviembre de 2004. No publicada.

Záiter, Josefina. *La identidad social y nacional en Dominicana: un análisis psico-social*. Santo Domingo, Editora Taller, 2001.

